

W. HORNUNG

EL DESTINO DE FAUSTINA

El triunfo máximo de E. W. Hornung ha sido la creación de "Raffles", el ladrón elegante a quien en "El destino de Faustina", vemos aparecer de nuevo bajo un aspecto totalmente distinto del que le ha hecho famoso.

Mar-ga-rí,
e perzo a Salvatore!
Mar-ga-rí,
mal l' ommo é cacciatore!
Mar-ga-rí,
nun se aje corpa tu!
Chello ch' é fatto, é fatto, un ne parliamo
[cchieú!

Un organillo emitía su metálica música meléndola penetrar por nuestras abiertas ventanas, mientras una voz de hojalata notaba las palabras, que más tarde he obtenido, copiándolas arriba para que el lector pueda descifrarlas, si sabe el italiano mejor que yo. No creo que nadie me dé las gracias por recordarle una canción que ha tanto tiempo pasó de moda en el país los aloes y del cielo azul, y que parece la menos indicada para hallarse unida a la tragedia.

Estábamos a principios de agosto, y aquella era la hora de la siesta para quienes transforman la noche en día. Estaba cediendo, furioso, mi ventana, y me preguntaba si debía hacer lo mismo con la de Raffles, cuando éste apareció con su piyama de seda dentro del cual la crónica solista del doctor Theobald le confinaba desde la mañana hasta la noche.

No cierres, Bunny—me dijo.—Me gusta la música y deseo escucharla. ¿Qué aspectos tienen esos músicos callejeros?

Asomé la cabeza por la ventana para ver quienes eran los organilleros, ya que era regla establecida entre nosotros que Raffles no se asomase jamás a ninguna ventana. Recuerdo perfectamente lo caliente que estaba el alféizar mientras me acodaba en él y miraba hacia la calle para satisfacer una curiosidad que no comprendía.

—Son unos pobres de aspecto sucio y miserable—dije volviendo la cabeza.—Morenos como negros; las mejillas azuladas, cabellos aceitosos y pendientes en las orejas. Mal vestidos; pero sin nada pintoresco en sus harapos.

—Napolitanos, sin duda—replicó Raffles, detrás de mí.—Es una costumbre característica. Uno canta y el otro le da vueltas al manubrio. Allá en Italia lo hacen siempre así.

—El que canta es un tipo muy atractivo—dije, cuando terminó la canción.—¡Caramba qué dientes! Mira hacia aquí y sonríe con toda la boca; ¿les tiro algo?

—Bien; no tengo motivos para querer a los napolitanos; pero esto me hace recordar... me hace recordar... Sí, toma, una para cada uno.

Era un par de medias coronas lo que Raffles puso en mis manos; pero yo las había tirado a la calle, creyendo que eran peniques antes de darme cuenta de lo que en realidad eran. En seguida dejé a los na-